

LA FLOR DEL CLARO

“No importa que caigas mil veces si tienes a ESA persona para levantarte de nuevo”

Hay una soledad que no se nota desde fuera, pero que lo llena todo por dentro.

Es como si mis raíces de flor hubiesen crecido en un campo equivocado, en uno lleno de cardos. En el que todo lo que me rodea solo trata de dañarme, con sus espinas venenosas y sus tallos puntiagudos que se enroscan con sutileza sobre mí.

A veces me siento una de ellas, un ser lleno de belleza pura y cualidades únicas que se encuentra rodeada y enterrada en miedos que distorsionan la realidad.

Al principio no podía parar de preguntarme si todo esto era un error, todas las flores nacían rodeadas de colores; sin embargo aquí estaba yo, rodeada de miedos y tristeza.

Poco a poco dejé de cuestionarme si ese era realmente mi lugar, si yo encajaba en todos esos cardos que me rodeaban, porque las flores no elegimos donde nacemos. Aunque el sol brillaba en lo más alto del cielo, yo sentía que algo en mi interior comenzaba a marchitarse.

Lo sentía en cada amanecer en el que los cardos me tapaban el sol, en cada noche en el que el frío me azotaba con dureza.

Llega un momento en el tiempo en el que la presión que ejercen los cardos me mata, me carcome mientras sus espinas susurran palabras en voz baja con el único propósito de herirme. Me siento terriblemente invisible cuando los cardos me rodean y la única compañía que tengo soy yo.

Me clavan sus espinas lentamente en mis bonitos pétalos azules como el cielo que ahora solo viven en mi memoria, me tapan la luz y cada día la cantidad de agua que llega a mí es más escasa. ¿A qué juego están jugando? Porque no me gusta, me hacen sentir cada vez más débil.

Un día de primavera, cuando el viento jugaba con mis hojas noté como uno de mis pétalos caía lentamente en las espinas de mi jaula, en ese instante una parte de mí se rompió con esa pequeña derrota .

Con el tiempo, mi tallo antes firme comenzó a caer lentamente hacia el suelo verde de la pradera; día tras día me volvía más pequeña y encorvada.

La soledad se volvió mi normalidad, el dolor se convirtió en mi acompañante y toda mi belleza y alegría se quedó olvidada en mi memoria.

Ahora enredada en dolor y oscuridad solo me quedaba existir en silencio con los pocos pétalos restantes cubriéndome, esperando lo inevitable.

Y entonces cuando creía que los cardos me ahogarían en cualquier momento apareciste tú.

Apenas noté tu presencia cuando me encontraste marchita bajo todas aquellas espinas dolorosas de los cardos. Con tus manos suaves retiraste cuidadosamente los cardos que me mantenían atrapada en miedos e inseguridades. Primero quitaste con cuidado las ramas que tapaban mis vistas, las que daban vueltas enrolladas en mi cabeza y no me dejaban pensar. Luego quitaste con cuidado las ramas secas que rodeaban mi tallo y me hacían caer como una flor muerta.

Había momentos en los que tenía miedo, estaba tan acostumbrada al dolor de las espinas que el roce suave y delicado de tus dedos me aterraba. Durante mi tiempo atrapada me había sentido protegida por un escudo y ahora ante ti me sentía expuesta.

No tuviste miedo de curar todas las heridas que las espinas aún enterradas en mí me habían causado, como si la flor marchita que se encontraba contra el suelo realmente importara algo, como si yo mereciese ese aprecio y cuidado.

Tu mirada sobre mí era suave y se sentía tan diferente a lo que me había acostumbrado al vivir rodeada de miedos.

¿A caso esta flor marchita vale la pena?

Parece que al menos que para ti sí.

Y realmente no llego a comprender porque te mantuviste junto a mí cuando mis pétalos se encontraban oscuros como mis penas, cuando mi tallo sangrando se torcía débilmente y cuando yo solo quería de vuelta las espinas aunque dolieran.

Cuando todo parecía el fin, te quedaste y no te moviste de mi lado aunque las estaciones pasaban y el frío azotaba con fuerza todo el claro.

Solo tú eras capaz de encontrar mi belleza escondida, porque aunque las espinas hubiesen dejado heridas sabias que en el fondo seguía yo. Seguía la flor de colores vivos que destacaba por el claro, la que se mecía con el viento primaveral y se erguía con sutileza sobre el mar de hierba.

A veces todas las flores necesitan a alguien que le quite las espinas y le ayude a ser ella misma de nuevo, como tú hiciste. No fue algo repentino, ni un milagro en una sola tarde. Fue tu paciencia, cada tarde, sentándote en el frío suelo del claro, que en los peores días de invierno te hacía temblar.

Y sin darme cuenta, empecé a cambiar. Os mentiría si os dijera que fue algo inmediato, porque fue algo pequeño, casi imperceptible.

Al principio pensaba que no pasaba nada, que yo era la misma.... O eso creía.

Seguía sintiendo el peso, el dolor de las heridas y el cansancio. Pero entre ese dolor había momentos en los que podía respirar un poco más, en los que me atrevía a mostrarme sin sentirme insegura.

Hoy cuando el sol de abril vuelve a derretir la nieve de las cumbres de la Sierra de Gúdar y el claro se despierta cada día con el canto de las aves, miro al pasado y no me reconozco. Después de muchos meses mis pétalos azules han resurgido de nuevo, pero tienen pequeñas cicatrices blanquecinas repartidas donde una vez las espinas se hundieron.

Sin embargo creo que me parecen más bonitas así, un mapa de todas mis batallas peleadas con uñas y dientes.

El chico del claro me hizo comprender una cosa con el tiempo, el campo de cardos no fue ningún error, sino el lugar donde aprendí que la belleza más pura es aquella que sobrevive a la asfixia.

De vez en cuando miro las casas de Alcalá de la Selva, casas de piedras con la chimenea siempre encendida, el castillo en el punto más alto brillando con fulgor, y me siento parte de todo lo que me rodea. Porque aquí en la montaña nada crece sin esfuerzo.

Gracias por recordarme siempre que aunque me hubiera roto mil veces y todo pareciese imposible, mis raíces seguían siendo las mías. Pero sobre todo gracias por no apartar la mirada cuando ya no quedaba nada bonito que ver.

